

JOSE PUGNALIN

(1840 - 1900)

Dr. Alfonso Lamas (1)

La Dirección de la Revista de los Hospitales pide-me apuntes biográficos del Dr. José Pugnalin; y aunque los méritos del Profesor de Clínica Quirúrgica citado merecieran pluma más atildada que la mía para referirlos, no renuncio a tan alto honor como exigente deber.

Si una filosofía nacida y cultivada en la observación diaria no templara la manifestación cruda del espíritu, una intensa queja sería la introducción a estas líneas.

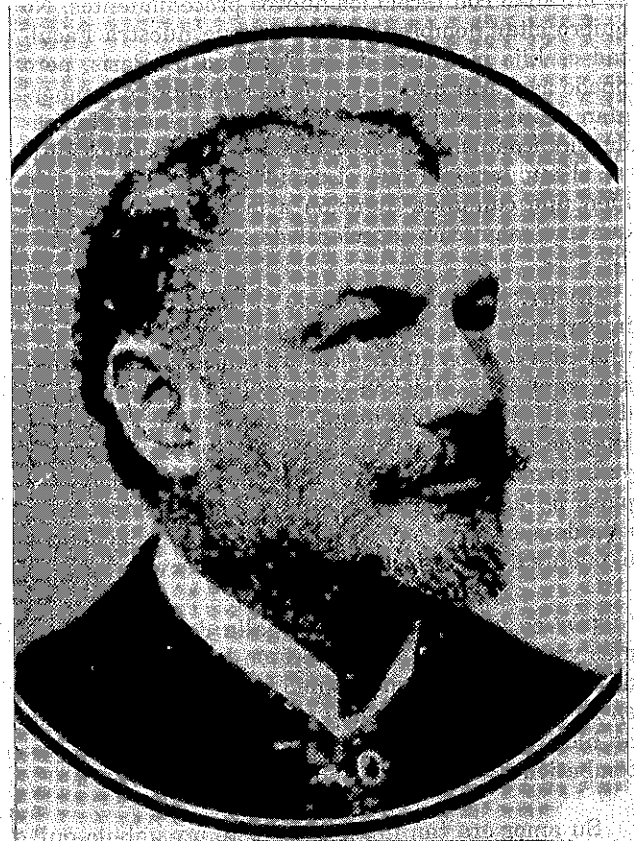
Pero yo sé que en la vida, y aún después de ella, luce más el brillo del talento acompañado de exterioridades resaltantes y de figuración social elevada, que la labor proficua, por intensa que sea, si se ha desarrollado sin cierto fausto y falta de reflejos que muchos estiman porque a ellos mismos los hacen más visibles. Es por eso que los honores decretados al Dr. Pugnalin han esperado 12 años para obtener el *cúmplase* de los contemporáneos y aún está por verse la placa que con su inscripción señale en una sala de cirugía el paso de quien mereció dejar allí su nombre.

José Pugnalin nació en Venecia en 1840 y terminó sus estudios a los 21 años de edad, en la Facultad de Bologna. Discípulo de Rizzola, hizo sus primeras armas de cirujano en la batalla naval de Lissa, a bordo de la "María Pía". A fines del año 67 se embarcó para Montevideo y en la epidemia de cólera del 68 demuestra su corazón de médico y de hombre atendiendo, por encargo del gobierno, los puestos más atacados por el flagelo. La fiebre amarilla el año 73 lo encuentra en su puesto de combate y luego desempeña diversos cargos hasta Abril del año 79 en que es nombrado interinamente profesor de Clínica Quirúrgica, operaciones y vendajes.

Al año siguiente y por la amplia puerta del concurso es nombrado en propiedad, profesor del aula

que dictara interinamente. Fué el 8º Decano de la Facultad de Medicina.

La época en que empezó a clinicar el Dr. Pugnalin era apropiada para probar sus energías. Por un lado la infección era la compañera obligada de todo traumatismo accidental o quirúrgico. La erisipela, la septicemia, la gangrena gaseosa eran tan frecuentes como son hoy las cicatrificaciones *per primam*. Y si a esto se añade la pobreza, mejor dicho la miseria que constituía la resistencia a aquellos males, se com-



Prof. Dr. José Pugnalin

(1) Biografía publicada en la "Revista de los Hospitales" (Setiembre 1912, No. 47 - T.V., No.9)

prenderá todo el mérito de los hombres que como el Dr. Pugnalin tenía por todo premio el ser mirado por las autoridades hospitalarias como un huésped incómodo dentro de las salas. Mucho podría decir de aquellos tiempos, pero prefiero imitar al maestro generoso que en su discurso de despedida y al recordar sucesos nos decía:

"No es mi ánimo, en un momento de cordiales expansiones, lanzar recriminaciones; eran tiempos aquellos de infausta memoria..."

Una gran revolución quirúrgica sacudía en Europa los cimientos de la vieja cirugía.

El genio de Lister, apoyado en el alto patrocinio de Pasteur, imponía con hechos sus doctrinas; pero sólo una campaña tenaz podía vencer a la rutinaria tradición.

Con desconfianzas era recibida la buena nueva; algunos eran francamente opositores y puede decirse que pasaron años antes que el mundo reconociera la incommensurable deuda contraída con Lister. Pues bien, el profesor Pugnalin tuvo el gran mérito de aceptar las teorías listerianas y de practicarlas con singular entusiasmo cuando aún en centros de enseñanza considerados como faros en la ruta científica se miraban con recelo los nuevos procedimientos. No quiero citar nombres propios ya que nuestra Facultad es hija científica de la Facultad de París, pero puedo asegurar que cirujanos de renombre no sumergían sus manos brevemente, en una solución fenicada, sin acompañar al acto de una sonrisa demostrativa al auditorio de que el rápido maniluvio era más bien una cumplida atención a las ideas triunfantes que una convicción consciente de su eficacia.

El Dr. Pugnalin dio desde el principio una gran importancia a la asepsia. Su labor, preparatoria de una intervención quirúrgica, era concienzuda. El mismo empuñaba el jabón y el cepillo propinándolo a dosis altas; y cuando luego, al conjuro un tanto prolongado de la frotación, surgía una piel blanco-rosa, ya inmaculada, apagaba el incendio con un chorro copioso de agua esterilizada que dejaba el piso de la sala de operaciones en el estado en que se encuentra el puente de un navío a la hora de fajina.

¡Así se vengaba el Dr. Pugnalin de las cataplasmas y pomadas que aprendiera en la vieja y respetada escuela de Bologna, pomadas y cataplasmas que en las guerras de Crimea y aún en la Franco Prusiana hicieron más bajas que el plomo y el acero de los combatientes!

Su amor era tan intenso por este preámbulo quirúrgico, que dudo que reconociera a la tintura de iodo

su poder desinfectante para la piel, ya que esta favorita de la actualidad, no se aviene con el jabonaje previo ni con la irrigación generosa.

Los resultados de tal método no se hicieron esperar y la cirugía conservatriz tuvo en el Dr. Pugnalin su más convencido apóstol.

Yo recuerdo bien muchos de sus éxitos. Fracturas complicadas e infectadas en enfermos que llegaban al Hospital después de un largo viaje; heridas por desgarró, que nadie en aquel tiempo hubiera osado tratar sin mutilación, el Dr. Pugnalin se empeñaba en curarlas empleando a veces toda la hora de clínica en la limpieza, desinfección y apósito. ¡Cuántos hombres que aún viven, caminan sobre sus piernas y se sirven de sus brazos por haber sido tratados en la SALA MACIEL, donde un cirujano a quien no le asustaba la sangre, prefería esos oscuros triunfos a la vanidad satisfecha por el tallado más o menos elegante de un colgajo o el modelado de un hueso a la sierra o al escoplo!

El Dr. Pugnalin no era un erudito, en el sentido estricto de la palabra. El tiempo en que cursó sus estudios, el medio en que actuó y aún algo de su idiosincrasia intelectual le impedían serlo; pero dotado de inteligencia vivaz, su sagacidad clínica y una valiosa experiencia permitieron que en frecuentes viajes a Europa adquiriera bastante ilustración y acopiara, por inspiración de su buen sentido, todo lo practicable y útil de la ciencia de entonces. Así lo vemos después de sus últimos viajes abordar francamente la cirugía abdominal en la que obtuvo brillantes éxitos. De allí trajo la primera estufa de Poupine que se conoció en Montevideo, y el primer aparato de esterilización de agua. Con él aprendimos la Cirugía clásica de entonces: amputaciones, resecciones y ligaduras; y más tarde la cura radical de la hernia, la osteosíntesis, la talla hipogástrica, la litolapaxia, la aspiración de Bigelow, la extirpación de los aneurismas. ¡Qué gran esfuerzo para aquellos tiempos y con los medios escasos de que se disponía!

Clínico en toda la extensión de la palabra, daba mucha importancia al tratamiento consecutivo, y es oportuno reconocer que en la actualidad y en nuestro medio no se le presta toda la atención que merece. Se cree frecuentemente, que con el último punto de sutura termina la obra del cirujano y a esta errónea concepción de clínica quirúrgica se debe más de un fracaso. He visto muchas veces malograrse operaciones correctas por no haberse atendido debidamente las condiciones en que se efectuaba un drenaje.

Otras veces no se interpreta la gráfica termométrica y una complicación pulmonar avanza sin obstáculos o el colibacillus trabaja por su cuenta. ¡Quién no ha curado fistulas retirando un tubo o una mecha

mantenida con una pertinacia digna de mejor causa! ¡Cuántas veces he deseado la autoridad y la energía del Doctor Pugnalin para convencer e imponer esa sana práctica de vigilancia escrupulosa del operado!

No se retiraba el Dr. Pugnalin del lecho del enfermo sin dejar sus prescripciones claramente ordenadas; y un sentido de responsabilidad bien desarrollado le obligaba a pasar visita vespertina cada vez que practicaba una delicada intervención. ¡Perdóneme la memoria del maestro si subrayo esta noble práctica antes de confesar con lealtad que la he olvidado muchas veces!.

Era el Dr. Pugnalin un hombre bueno. El que no sepa ver más que las exterioridades quizá recuerde que no era la suavidad la característica en sus maneras. Alto, musculoso, de voz grave un tanto nasal, cuando accionaba o protestaba por la falta de un cumplimiento a sus órdenes expresas parecía que la bondad no hiciera buenas migas con su espíritu.

¡Nada más injusto, sin embargo! Una explicación cualquiera no siempre impregnada de verdad, bastaba a desarmarlo y pronto volvía a su estado normal, es decir, a ser un camarada de sus discípulos.

El trato con los enfermos se resentía de estas pseudo-asprezas, verdadero disfraz de su bondad, que conocido, lo hacían querer intensamente por sus enfermos.

Verdadero amigo, vio con placer, sin celos, ascender a sus discípulos, y aun es presumible que su abandono prematuro de la cátedra fue dictado por su espíritu generoso, que reconocía la conveniencia de que nuevas fuerzas entraran a mover la máquina en que él se consideraba una pieza en desgaste. Así era el hombre a quien el 19 de Setiembre de 1900 le llegara la *noche sin fin* a que aludía en su discurso de despedida, pero cuyo recuerdo perdurará en el corazón de sus discípulos.

JOSE PUGNALIN

(1840 - 1900)

Dr. Domingo Prat (1)

La Facultad de Medicina y el undécimo Congreso Uruguayo de Cirugía, que preside el Prof. J. Piquinella, al cumplir su misión de progreso y perfeccionamiento de la cirugía nacional, han querido también completar su obra con una elevada consagración humanística, realizando el justiciero y merecido homenaje al Dr. J. Pugnalin, Profesor de Clínica Quirúrgica y Decano de la Facultad de Medicina de Montevideo, en cuya docencia, iniciada en 1879, actuó con toda dignidad y suficiencia durante cuatro lustros. Este esclarecido hombre de ciencia que fue un gran humanista y propulsor efectivo del progreso de nuestra Facultad de Medicina, puesto que, por su activa, eficaz y destacada actuación, se le consideró como el precursor de la cirugía antiséptica o listeriana en el Uruguay, así como también fue ulteriormente, el animador y propulsor de la cirugía aséptica, la que conquistó rápidamente su mayor y máximo progreso en Montevideo y que por eso, el Prof. Pugnalin, es merecedor de este cálido y justiciero homenaje al cumplirse el 60º aniversario de su fallecimiento en Padua, en 1900. Pugnalin nació en 1840 en la ciudad de Venecia, la histórica y bella ciudad italiana de los canales; descendiente de una antigua y noble familia veneciana, en cuya residencia se alojó el Estado Mayor de Napoleón en su campaña de Italia.

Desde joven ya, Pugnalin a los 20 años realiza su primera aventura romántica, fugándose de su internado en Milán, capitaneando un grupo de adolescentes que se incorporaron a las tropas libertadoras de Italia en las campañas de 1860-61.

José Pugnalin termina su carrera de médico a los 21 años, en la Universidad de Bologna, siendo discípulo del Prof. Rizzola. En seguida se enrola en la marina de guerra y cumple su bautismo de sangre en la batalla naval de Lissa. Aquí realizó un meritorio

(1) Conferencia pronunciada por el Prof. Domingo Prat en el 11o. Congreso Uruguayo de Cirugía (1960). (Actas del Congreso, T.II, pág. 457)

episodio en el cumplimiento del deber: cuando su barco transformado en una hoguera y viendo en peligro a sus marineros, se negó a abandonar su puesto, hasta haber embarcado y liberado en los botes hasta su último herido.

En las postrimerías de 1867, Pugnalin, joven y entusiasta, ávido de conocer nuevos horizontes, se embarca a bordo de la *Maria Pía*, o en una nave de guerra, para el Río de la Plata y se instala en Montevideo, donde ejercerá la medicina y tuvo una oportunidad circunstancial para aplicar sus servicios profesionales, porque en 1868 estalla una epidemia de cólera en el Uruguay y como se apresuró a ofrecer sus servicios al gobierno del General Flores, fue encargado de atender las zonas de Montevideo más atacadas, como el Cerro, o pueblos del interior como Nueva Palmira, en los que actuó con gran actividad y excelentes resultados. Unos años más tarde, en 1873, se desarrolla una epidemia de fiebre amarilla, también en Montevideo, en la que actuó con una intensa actividad, poniendo bien de manifiesto sus aptitudes profesionales y sentimientos filantrópicos.

Con el correr de los años adquiere Pugnalin una gran práctica y excelente experiencia puesta bien de manifiesto en su actividad profesional, que lo sindicaba como uno de los cirujanos más destacados y preparados de Montevideo; por sus grandes méritos, en el año 1879 es nombrado profesor interino de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina y al año siguiente adquiere ese mismo cargo por concurso de oposición. Actúa el profesor tan bien y correctamente en la docencia que fue electo Decano de la Facultad de Medicina (1883-84). Sus intensas actividades se reparten en la docencia clínica de la Facultad, en el cuidado y asistencia de sus numerosos enfermos y la tarea más seria e importante de actuación, es la lucha constante que tiene que afrontar en el Hospital para vencer las terribles plagas de los microbios y afecciones desconocidas que continuamente debe tratar, entre las que se cuentan la frecuente erisipela, la septicemia, la piohemia, la gangrena de hospital y

todas las demás infecciones quirúrgicas que Pugnalin, en lucha titánica, quería desterrar definitivamente del Hospital y de la Patología.

El Prof. Pugnalin, en su actuación profesional y docente, se caracterizó por dos orientaciones fundamentales, que realizó con el mayor entusiasmo y fervor: su actividad esencialmente humanística de curar a sus enfermos sin mutilarlos, es decir, tratarlos sin realizar amputaciones tan frecuentes en esa época, y el otro fervor profesional, que consistía en aplicar el método antiséptico de Lister, que él consideraba el mejor y único capaz de vencer a la temible y común infección microbiana. Su afán por salvar miembros y no amputar, se transforma en un apostolado, que hace escuela fecunda en la terapéutica conservadora, sobre todo en esa época en que la técnica de la amputación se había perfeccionado y especializado tanto, que algunos cirujanos en contados minutos suprimían un miembro, por su frecuente realización y experiencia adquirida en tan cruenta, deprimente y mutilante cirugía. Como comprobación, citaremos un caso bien conocido por nosotros, de una niña con osteomielitis, que es sentenciada a la amputación, nada menos que por doce médicos, y que consultado Pugnalin, salva su miembro como generalmente lo lograba en su práctica. Esta enferma, medio siglo después de una vida feliz y normal, era amputada del mismo miembro, por otra lesión que justificaba el sacrificio del miembro.

Como vemos, la tradicional lucha de la infección, iniciada en Europa y que constituyó la epopeya heroica de la antisepsia y asepsia contra el mundo desconocido de los microbios, se debatía con enorme encarnizamiento en procura del bien de la humanidad, que representaba su salud y su salvación, que es lo que estaba fundamentalmente en juego. Pasteur por un lado y la teoría errónea de Puchet de la generación espontánea por otro, se debatían encarnizadamente por la fundamental conquista científica de la verdad. La victoria se inclinó por el gran Pasteur, vale decir, por la antisepsia de Lister primero y luego por la asepsia que gracias a tan gloriosos paladines, como Pasteur y Lister, que fueron sus más conspicuos conquistadores y que con la colaboración ulterior se consiguió el éxito esplendoroso de la asepsia absoluta, obra colectiva en la que intervinieron los profesionales de todos los países, para consagrar el genial descubrimiento de Pasteur y alcanzar esa maravillosa conquista de la ciencia contra las terribles lesiones de las invisibles hordas microbianas.

Pugnalin fue también entonces, un activo y gran colaborador del éxito, puesto que con sus frecuentes viajes de estudio a Europa, donde acudía para aprender las prácticas más adelantadas y doctrinas terapéuticas de Lister, para aplicarlas con fervor y la colaboración de sus discípulos, en su servicio oficial



Retrato juvenil de Pugnalin

de la Sala Maciel en el Hospital de Caridad de Montevideo.

Los Dres. Lamas, Mondino, Lussich, Bottaro y otros, fueron dilectos discípulos de Pugnalin, particularmente Gigi Mondino, quien era su inmediato y más asiduo colaborador, que como avanzada del maestro concurría previamente a la sala de operaciones del hospital y casas de los que debían operarse, para preparar el acto operatorio con el Spray y demás prescripciones dogmáticas del método de Lister, en las que figuraba el intenso jabonado con cepillo de las manos del cirujano e impregnación del ambiente con solución fenicada y sábanas empapadas en este antiséptico.

En uno de sus viajes, trajo Pugnalin, de Europa, la estufa Poupinel y autoclave, que fueron de los primeros en llegar al país y que eran imprescindibles para realizar la esterilización en la asepsia.

Pugnalin, activo y entusiasta cultor de la antisepsia por el método de Lister, iba evolucionando progresivamente hacia la práctica de la asepsia y se explica así que sus resultados terapéuticos en su clínica, se fueran perfeccionando y fuesen cada vez mejores y eso repercutió favorablemente en la personalidad y jerarquía profesional del profesor, e impulsaron a las autoridades de la Facultad de Medicina a honrar su memoria dedicándole en 1913 el homenaje recordatorio de colocar en la Clínica Maciel una placa con la siguiente inscripción: "En esta Sala enseñó con entusiasmo y honestidad, clínica quirúrgica, el Dr. José Pugnalin, desde 1879 hasta 1899. La Universidad de Montevideo reconocida".

Fue designado para ofrecer el homenaje, el Prof. Alfonso Lamas, aunque creemos que habló también el Dr. Luis Mondino, quien terminó así su discurso: "Y para que las generaciones futuras lean en la placa que inauguramos el apellido del verdadero creador de la cirugía moderna en el Uruguay".

En esta época en que consideramos la actuación de Pugnalin, éste frisaba alrededor de los cincuenta años, joven aún el profesor, que era un hombre alto, musculoso, de una fisonomía atrayente y elegante, de porte distinguido, de voz grave y ligeramente nasal, con ligero dejo itálico en el lenguaje, de gran dinamismo y que reaccionaba rápidamente, sobre todo por el incumplimiento de sus indicaciones profesionales, lo que provocaba sus emotivas protestas, pero que a pesar de estas reacciones pasajeras, era un hombre esencialmente "bueno". La figura simpática y atrayente del Prof. Pugnalin, puede comprobarse en la presente fotografía realizada por la Oficina Fototécnica de la Facultad de Medicina, a la que agradecemos su atención.

La ofensa más injustificada cometida contra el Prof. Pugnalin, fue cuando un día la Comisión Delegada del Hospital de Caridad, interpretando equivocadamente uno de sus gestos, le prohibió la entrada al Hospital, ¡por haber maltratado a un paciente!, lo que significó, lamentablemente, una sanción injusta impuesta al profesor que prodigaba el más esencial humanismo y la mayor bondad para sus enfermos. Además de ser bueno, era generoso, como lo demostró en su gesto al ofrecer al doctor Scoseria, renunciar al profesorado titular para que ingresaran técnicos más jóvenes.

Debemos recordar dos prácticas importantes que implantó y cumplía estrictamente Pugnalin en su Clínica: una era la atención cuidadosa del postopera-

torio de los pacientes, su debida vigilancia y tratamiento, porque a menudo la ausencia de estos cuidados puede originar el fracaso de una operación bien realizada. La otra iniciativa fue la implantación de la contravisita vespertina, que realizaba invariablemente en la tarde o en la noche a los recientemente operados y que se generalizó después como una práctica indispensable de la buena asistencia hospitalaria y que en nuestra época actual se ha consagrado en las salas del despertar y salas de recuperación; en esto, también fue Pugnalin un precursor.

Para comprobar y documentar lo que he dicho y afirmado sobre el Prof. Pugnalin, permitidme que reproduzca, para terminar, una carta de mi amigo el Dr. Luis Mondino que dice así:

Montevideo, octubre 9 de 1928

Sr. Dr. Domingo Prat.
Estimado colega:

Varias veces usted me ha insistido para que yo haga la historia de la cirugía aséptica en nuestro medio. Como le prometí, le mando uno de los pocos ejemplares de la tesis que escribí sobre este tema, publicada en el mes de marzo de 1894; tesis que tuve que presentar porque así lo exigen los reglamentos de nuestra Facultad de Medicina al concluir la carrera de médico.

Pues bien, todos los procedimientos ahí descriptos se empleaban desde el año 1892 en la Sala Maciel por el doctor José Pugnalin, que fue entre nosotros el verdadero creador de la cirugía aséptica. Recuerdo uno de los ciclos quirúrgicos que se hicieron en aquel entonces, para que usted se dé cuenta de la importancia de estas intervenciones, que se practicaron en el espacio de unos diez días: un quiste del ovario unilocular, un quiste del ovario multilocular, un embarazo ectópico con inclusión fetal de cuatro meses, un fibromioma uterino.

Todas estas operaciones fueron muy laboriosas por presentar grandes adherencias, porque las enfermas se operaban en último caso; todas ellas tuvieron un postoperatorio ideal, cuando poco tiempo antes, las pocas que se operaban fueron con desenlace fatal. En estas primeras operaciones sólo se empleaba la seda como material, tanto para los pedículos intraperitoneales como para la sutura de la pared abdominal, que se hacía en un solo plano. La seda, así como las agujas, se esterilizaban en un pequeño autoclave. Poco tiempo después se empezó a usar el catgut.

Después del Dr. Pugnalin, fue el Dr. Pouey, sobre todo en la ciudad, quien practicó la cirugía aséptica; y luego la asepsia fue practicada por todos los cirujanos jóvenes de aquella época, entrando por lo tanto en la práctica corriente.

Sin otro motivo y dejando satisfechos sus deseos, lo saluda su amigo que tanto lo estima. - (Firmado): Luis Mondino.

Como se ve por este documento del Dr. Mondino, tenemos la comprobación fehaciente de que el Prof. Pugnalin realizó con éxito, en la última década del 1800, vale decir, al terminar el siglo XIX, la cirugía aséptica y esta afirmación documentada y ya conocida, nos obliga a considerar y consagrar al Prof. Pugnalin, como gran propulsor de la cirugía antiséptica e iniciador de la cirugía aséptica en el Uruguay. Así como a su dilecto discípulo y colaborador, Dr. Luis Mondino, como un cooperador digno del mayor mérito y acreedor legítimo a la consideración y homenaje que se merece.

El Prof. Pugnalin con tan brillante y superior actuación docente y profesional en el Uruguay, emprende su último viaje a Italia en 1899 y en la ciudad de Padua, el 19 de setiembre de 1900, fallece después de una breve enfermedad, emprendiendo su viaje final y sin retorno hacia la eternidad.

Nota de la Redacción.

El Dr. Alfredo Pernin ha tenido la deferencia de relatarnos un par de anécdotas de Pugnalin, las cuales por su carácter pintoresco merecen ser narradas a continuación.

1a. Aunque su preferencia era la cirugía, Pugnalin ejerció, por algunos años al menos, la medicina general.

Un día fue llamado para atender a un lactante. Lo recibió la madre del niño, con éste en los brazos.

"¿Qué tiene el chico?", preguntó Pugnalin.

"No sé", respondió la madre.

A lo cual contestó Pugnalin, imperturbable: "Pero si usted que es la madre no lo sabe, ¿cómo quiere que lo sepa yo?"

En Italia y en Montevideo se lamentó muchísimo su fallecimiento y en ambos países se le rindieron cálidos homenajes y grandes demostraciones de veneración y afecto.

Señores congresales, señoras y señores: Esta relación simple, completa y verdadera sobre la obra del Prof. Pugnalin, es tal como la hubiese deseado el espíritu veraz y noble de éste, que pone bien de manifiesto su brillante actuación como docente, profesional de la Facultad de Medicina de Montevideo, donde actuó como un ciudadano y científico de élite y que contribuyó eficazmente al progreso y engrandecimiento del Uruguay; y es por todo eso que la Universidad de Montevideo, su Facultad de Medicina y el undécimo Congreso Nacional de Cirugía, cumplen su misión de agradecimiento humanista y de justiciero reconocimiento al varón ilustre, rindiéndole en este emotivo acto, el merecido homenaje al Prof. Pugnalin, como gran propulsor de la cirugía antiséptica y precursor e iniciador de la cirugía aséptica en el Uruguay.

2a. Venecia y la Lombardía, según es sabido, formaron parte, durante mucho tiempo, del imperio austriaco. Pugnalin, como buen italiano, sentía apasionadamente el ideal de independencia para su tierra nativa, y en consecuencia detestaba cordialmente a los austriacos.

De ahí la segunda anécdota.

Residía Pugnalin en la calle Mercedes, entre Rondeau y Cuareim, acera norte. A las ocho de la noche cerraba la puerta de su casa y ya no recibía a nadie excepto a un núcleo selecto de amigos íntimos -entre ellos el padre de Pernin- quienes tenían que anunciarse gritando a través de la ventana la siguiente consigna: "*Morte ai tedeschi!*" (Muerte a los alemanes).

Entonces Pugnalin les abría la puerta.